

EDICIÓN DE LA EMBAJADA DE ITALIA EN CHILE

Oficina Cultural- Santiago de Chile

Chile-Italia. Una larga historia de intercambios

Maria Rosaria Stabili (compiladora)

Registro de Propiedad Intelectual: A-295519

ISBN: 978-956-09175-0-8

Derechos reservados

Junio 2018

ISBN

Diseño: Horacio Valencia Méndez

Impresor: Pan Impresores

Santiago de Chile, 2018

Índice

PRÓLOGO	
Marco Ricci	4
Presentación Maria Rosaria Stabili	8
ENSAYOS	10
<i>Italia mirando a Chile a través de los ojos de sus diplomáticos en Santiago</i> Maria Rosaria Stabili	11
<i>La Italia fascista en los informes de los diplomáticos chilenos</i> Raffaele Nocera	36
<i>Travesía y nostalgia del país de origen: italianos e italianas en Chile</i> Paula Zaldívar	50
<i>La “Renovación” entre Berlinguer y Craxi: el legado político del exilio en Italia</i> Alessandro Santoni	61
<i>Palimpsesto: el exilio chileno en Italia</i> Loreto Rebolledo	78
<i>La cooperación sindical italiana en Chile entre 1972 - 1992</i> Alberto Cuevas	94
<i>Las relaciones culturales y científicas entre las Repúblicas de Chile e Italia</i> Claudio Rolle	106
TESTIMONIOS	
<i>Italia y el golpe de Estado en Chile</i> Giorgio Napolitano	125
<i>Los puentes político-culturales entre Italia y Chile</i> Ernesto Ottone Fernández	131
<i>La Unidad Popular, entre Chile e Italia</i> José Antonio Viera-Gallo	136

<i>Un día de verano en Chile</i> Patricia Mayorga	145
<i>“Chile – América”: un salto en el vacío</i> Esteban Tomic	152
<i>Política italiana y exilio chileno</i> Antonio Leal	159
<i>Entre pasado y presente. Las relaciones políticas e institucionales ítalo-chilenas</i> Donato Di Santo	166
Notas biográficas sobre los autores	176

La Italia fascista en los informes de los diplomáticos chilenos

Raffaele Nocera

Este trabajo es sólo una primera, muy aproximativa y parcial reflexión que toma como punto de partida un proyecto de investigación sobre la influencia del fascismo en Chile y, particularmente, en la comunidad ítalo-chilena. Aproximativa, porque la investigación se encuentra todavía en una fase embrionaria y exige ser ulteriormente profundizada con la ayuda de muchas otras fuentes e hipótesis de investigación. Parcial, porque se detiene sólo en un aspecto específico, el de la imagen y de la percepción del fascismo (y de Mussolini), que se obtiene a partir de los informes enviados por la representación diplomática chilena en Italia al Ministerio de Relaciones Exteriores. La periodización cubre casi todo el período fascista, hasta el estallido de la segunda guerra mundial.

Cabe señalar que, además y a diferencia de otros países latinoamericanos (particularmente en Argentina y Brasil y en menor medida en Perú y Uruguay), el tema está todavía por ser analizado, porque hasta hoy la historiografía casi no se ha ocupado de la situación de la colonia italiana durante el fascismo¹. A pesar de este desinterés, se puede señalar que entre los inmigrantes italianos la nueva orientación política del Reino de Italia tuvo una discreta y rápida aceptación, pero que no debe ser confundida con adhesión ideológica, porque ésta fue menos evidente y, en todo caso, no implicó a todos los miembros de la colectividad. En síntesis, considerando lo que hasta el momento se ha podido verificar, no hubo una plena “fascistización” de la comunidad ítalo-chilena y, al mismo tiempo, una vez establecido el régimen fascista y hasta

¹ Una de las pocas excepciones es el ensayo de Patrizia Salvetti, “*L’emigrazione italiana in Cile: le fonti in Italia*”, presentado en la obra coordinada por Luigi Favero y otros autores, con el título *Il contributo italiano allo sviluppo del Cile*, Turín: Fondazione Agnelli, 1993, que contiene un párrafo sobre la comunidad ítalo-chilena y el fascismo (396-405). Esta falta de interés hacia el argumento está en línea con la misma actitud hacia la cuestión más general en la que, normalmente, se suele insertar el período del fascismo en el exterior, es decir, la emigración italiana en Chile, sobre la que todavía existen muchos vacíos. Excluyendo las obras generales o de otros casos nacionales donde hay referencias al contexto chileno, hay pocos trabajos notables, entre los cuales están, además de la miscelánea recién citada, el libro de Maria Clotilde Giuliani-Balestrino, *Gli italiani in Cile*, Génova: Bozzi, 2000; el texto coordinado por Baldomero Estrada, *Presencia italiana en Chile*, Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1993; el libro de Luciano Baggio y Paolo Massone, *Presencia italiana en Chile*, Santiago de Chile: Presenza, 1996; el ensayo de Vittorio Cappelli en el volumen compilado por Andreina De Clementi y otros, *Storia dell’emigrazione italiana*, Roma: Donzelli, 2002, que se refiere a las comunidades italianas residentes en países diferentes (Chile, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, países istmeños y del Caribe), que normalmente acogieron italianos durante la etapa histórica de la emigración en América Latina y, por eso, dicho trabajo se titula “*Nelle altre Americhe*” (97-109).

su caída, el mundo ítalo-chileno mostró una gran curiosidad en relación a Mussolini, a su forma de gobernar y a cómo se desarrollaba el proceso de cambio y transformación de Italia. Esto también porque el fascismo permitió a los migrantes salir de la sombra en la que hasta ese momento se hallaban, reemplazar el sentimiento de aceptación por parte de la sociedad local y el mimetismo con un sentimiento de orgullo de ser italianos más acentuado y de explícita afirmación de la "italianidad".

En este sentido, en Chile también fueron muy importantes el trabajo del cuerpo diplomático y consular, las visitas de personajes de renombre del mundo político y cultural fascista², los instrumentos de la propaganda, inclusive la prensa y sobre todo las revistas publicadas durante los años Veinte y Treinta, como el mensual «La Gazzetta degli Italiani», cuyo primer número salió en 1923, como *Organo dell'Istituto per la propaganda italiana in Cile. Cultura, Arte, Industria, Musica*. Al principio, compuesta por 20-22 páginas, dicha revista analizaba con artículos más largos que lo usual, asuntos italianos y, difusamente, la vida de la comunidad ítalo-chilena en columnas llamadas «In giro per Santiago», «Vita porteña» sobre Valparaíso y «Dalle province», sobre otras zonas del país, a las que después se agregó también «Cronache dal Pacifico», sobre otros países latinoamericanos del Pacífico. En 1927 la revista cambió de tamaño (más pequeño y ágil), con muchas páginas (más de 70), con cubierta de color, que por lo general retrataba una ciudad o un lugar de la Península. Publicó varios artículos en español y, con el transcurso del tiempo, dio espacio también a columnas de corte cultural. La sección llamada «Notizie a fascio dall'Italia» proporcionaba informaciones sobre distintos temas relativos a Italia, incluidas las condenas, arrestos domiciliarios, etc., de quienes se dedicaban a la propaganda antifascista o habían sido acusados en Italia de crímenes contra los fascistas. Fue ampliamente el periódico más conocido entre los italianos que adhirieron al fascismo y al cual pronto se unió «Italia Nuova», un semanal publicado desde enero de 1929, al principio como suplemento de «La Gazzetta», que después de un tiempo adquirió mayor autonomía, difusión y espacio entre los lectores. «Italia Nuova» fue una revista muy ágil, de aproximadamente 8 páginas, con un editorial sobre las actividades del régimen fascista y con un artículo central sobre la vida política, social, económica italiana, siempre con columnas relacionadas al contexto italiano («Dalla Patria: Notiziario italiano», «Dalla Patria: Notizie a fascio», «Riflessi di vita spicciola italiana» o «Interessi nazionali, coloniali e collettivi»), pero también a la vida de la comunidad en Chile («Cronache nostre» con noticias de las distintas ciudades del país -sobre todo Santiago y Valparaíso, donde se encontraba la mayoría de los ítalo-chilenos- «Vita sociale», «Nota coloniale», etc.).

² En este sentido, se destacan el Director General de los Italianos en el Extranjero y Escuelas Piero Parini (en Chile, a principios de 1932) y el periodista y escritor Mario Appellius (en la mitad de 1929), quien publicó sus recuerdos en el libro *Cile e Patagonia*, Milán: Edizioni Alpes, 1930.

En 1930 «Italia Nuova» se convirtió en una revista mensual, con muchas más páginas (aproximadamente 80), con un mayor número de columnas de corte social, cultural y de costumbres («Per voi signore», «Vita sociale» o «Artisti d'oggi») y después de un par de años usó un lenguaje y tonos menos agresivos y polémicos respecto al pasado, hacia compatriotas e institutos que no tomaban partido a favor del fascismo, para llegar a toda la comunidad. Sin embargo, el cambio de línea editorial y el estilo más sobrio se debieron también, probablemente, a los modestos logros obtenidos hasta ese momento dentro de la obra de “fascistización” de la comunidad y por instrucciones precisas de Roma. No es una casualidad si desde el primer número de 1933, «Italia Nuova» cambia nuevamente su tamaño y usa como subtítulo *Rivista mensile degli italiani in Cile*. En la cubierta desaparecieron las imágenes, reemplazadas por el índice, y en la parte interior aparecieron casi exclusivamente artículos enviados desde la Península que trataban temas pertenecientes a la realidad de Italia y a la proyección del fascismo en el mundo euro-mediterráneo, escritos y discursos de Mussolini, cuentos de escritores italianos, mientras que la vida de la comunidad ítalo-chilena fue casi totalmente excluida. Por último, la revista estuvo mucho más organizada que en el pasado, desde el punto de vista gráfico; seleccionó con mucho cuidado los argumentos y mejoró la calidad del producto editorial, todas señales que permiten afirmar que se publicaba enteramente en Italia y después se enviaba a Chile; como pasó en el mismo período con otras revistas distribuidas en los países vecinos, como Argentina y Brasil³.

A estas primeras y sumarias reflexiones sobre algunos aspectos de la proyección del fascismo en Chile y sobre la relación entre el régimen y la comunidad ítalo-chilena y, porque algunos puntos resultan también en los informes de los diplomáticos chilenos, se puede añadir que la política exterior fascista en América Latina cambió en la transición de los años Veinte a los Treinta, debido a razones internas y externas al régimen. En la primera década se centró fundamentalmente en el tema de la emigración y de las relaciones con las comunidades italianas en la región y, además, en las expectativas de fomentar el intercambio comercial⁴. La posibilidad de utilizar a los emigrantes como herramientas de la política exterior ya había sido indicada por los nacionalistas italianos. El fascismo no hizo otra cosa que seguir el mismo rumbo, adaptándolo a las necesidades del régimen y del nuevo contexto internacional⁵. La mitad de los años Treinta

³ El panorama editorial de la comunidad ítalo-chilena no estuvo compuesto sólo de las revistas recién mencionadas. También existió el quincenal de los “fascistas en Chile” *L'Araldo* y, aunque de corta duración, el quincenal *Il Corriere delle Ande* y el semanal *Il Piccolo*, ambos publicados desde 1932.

⁴ Sin embargo, el deseo del régimen de aumentar su peso comercial en el subcontinente no se realizó. Italia no consiguió mejorar su presencia en el contexto latinoamericano por la fuerte competencia de las demás potencias mundiales (Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania y, en parte, Japón) y por los límites de su propia economía.

⁵ Cfr. João Fábio Bertonha, “Emigrazione e politica estera: la «diplomazia sovversiva» di Mussolini e la questione degli italiani all'estero, 1922-1945”, en *Altre Italie*, n° 23, 2001, 40-41. Sobre este tema y, más en general, sobre la emigración como herramienta de prestigio y desarrollo de Italia, véase también Emilio Gentile, “L'emigrazione italiana in Argentina nella

es un momento de quiebre significativo en comparación con el período anterior. De hecho, en esta fase, el interés de Italia hacia América Latina se centró principalmente sobre el aspecto político-ideológico, mientras que el económico-comercial fue gradualmente abandonado, sobre todo porque no se consiguió aumentar las relaciones con los países de la región⁶. En este sentido, la principal arma de Italia fue la creación de un puente ideológico entre las dos orillas del Océano, que había sido planteado al principio de los años Treinta, con el surgimiento de regímenes autoritarios en varios países del subcontinente (sobre todo Argentina y Brasil) y, después, llevado a cabo cuando el fascismo encontró interlocutores válidos (especialmente en el caso de la *Ação Integralista Brasileira*). Merece la pena recordar que los resultados, también con respecto a los objetivos políticos e ideológicos, fueron mediocres y en todo caso muy por debajo de las expectativas del régimen⁷.

Desde mediados de los años Treinta y en correspondencia con la declaración de una política imperialista, el fascismo intentó también utilizar las comunidades italianas en América Latina como una caja de resonancia de los éxitos de la política exterior del régimen y como herramienta para lograr, en el plano internacional (sobre todo dentro de la Liga de las Naciones), el apoyo de los países de la región. Lo mismo ocurrió en ocasión de la intervención de Italia en la Guerra civil española y, antes de eso, de la guerra con Etiopía.

Con motivo de este último conflicto, el gobierno italiano utilizó de hecho todos sus recursos para crear, en la opinión pública en América Latina, un clima de consenso a favor de su política. Con este objetivo, las embajadas y los consulados promovieron una propaganda amplia e incesante entre las comunidades italianas, con el fin de crear la movilización en sentido patriótico y “antisanzionista”. Sin embargo, la guerra provocó algunos problemas a la política del fascismo en América Latina; por ejemplo, un enfriamiento de las relaciones entre Italia y Argentina. Este último país, aunque había aceptado las sanciones impuestas por la Liga de las Naciones, no las llevó a cabo. De igual manera hicieron otros países de América Latina, a excepción de México y Colombia, entre ellos Chile -como vamos a demostrar a continuación- y

politica di espansione del nazionalismo e del fascismo 1900-1930”, en *Storia Contemporanea*, XVII, n° 3, 1986, 355-396; y Emilio Franzina, *Gli italiani nel Nuovo Mondo. L'emigrazione italiana in America, 1492-1942*, Milán: Mondadori, 1995, 178-180.

⁶ Cabe señalar que el horizonte de la política exterior fascista había cambiado: la atención de Italia, aunque seguía siendo dirigida hacia áreas geopolíticas específicas (Europa y Mediterráneo) no despreció ni siquiera otras zonas, hasta ese momento consideradas marginales, como América Latina y Oriente Lejano. Cfr. Ennio Di Nolfo, “Le oscillazioni di Mussolini: la politica estera fascista dinanzi ai temi del revisionismo”, en *Nuova Antologia*, n° 4, 1990, 183.

⁷ Bertonha, “Emigrazione e politica estera”, 46-47.

Ecuador (los otros dos miembros latinoamericanos de la organización en Ginebra, junto a Argentina), pero también Perú, Uruguay, Bolivia, Venezuela, Brasil y Paraguay, que mantuvieron posiciones muy amistosas con Italia, adhiriendo formalmente a las sanciones económicas, pero sin aplicarlas.

Antes de describir la imagen que se obtiene del fascismo a partir de la documentación diplomática chilena, que es el tema central de este trabajo, es oportuno hacer otras dos premisas. La primera, muy evidente para los estudiosos de la historia de Chile, tiene que ver con el hecho que desde 1920 hasta 1938, exceptuando algunos muy breves períodos, la política chilena fue dominada, sobre todo, por dos personajes: Arturo Alessandri Palma (1920-25, 1932-38) y Carlos Ibáñez del Campo (1927-31, 1952-58). Estas dos personalidades mostraron una simpatía no muy oculta por el fascismo y el corporativismo italiano. Todo esto, resulta evidente, influyó el mundo de la diplomacia, reflejándose en las evaluaciones de los diplomáticos y contribuyó a la afirmación de una especie de amistad entre fascismo y realidad chilena en aquel período.

La segunda premisa hace referencia precisamente a los diplomáticos, es decir, a los autores materiales de los documentos sobre los que fundo mi análisis. En mérito a los juicios aduladores hacia el fascismo y, en particular, hacia la persona de Mussolini, es necesario tener en cuenta que los diplomáticos chilenos no fueron una excepción sino una norma, en el sentido que el régimen fascista y su jefe indiscutido gozaron en aquellos años de un amplio consenso en el exterior, en las cancillerías de muchos países y en los ambientes diplomáticos⁸. Además, es necesario tomar en cuenta la filiación política, la formación y la extracción de cada diplomático, porque estos aspectos influenciaron su modo de ver y analizar la vida política, social y económica de la Italia fascista.

Las primeras impresiones sobre el fascismo

Una primera reflexión tiene que ver con el relativo retraso con el que la sede diplomática chilena en Italia dio cuenta, en manera detallada y profunda, del ascenso del fascismo, de sus principales características, de su impacto en la vida política, social y económica italiana. El primer informe enviado es del 31 de diciembre de 1926, es decir, 4 años después de la Marcha sobre Roma y la formación del primer gobierno de Mussolini. Se trata de un importante memorándum de 40 páginas, enviado como informe confidencial reservado al Ministerio de Relaciones Exteriores, preparado por el primer secretario de la embajada Armando Labra Carvajal, en el que se desglosan «las más trascendentales reformas que este sistema de Gobierno ha introducido en

⁸ He desarrollado esta interpretación en mi trabajo anterior *Chile y la guerra, 1933-1943*, Santiago de Chile: LOM-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2006; a propósito de la conducta de la diplomacia chilena—sobre todo en Alemania y en los territorios ocupados por los nazistas y la Italia fascista— durante la segunda guerra mundial.

Italia tanto en el orden social como político y administrativo»⁹. Debido a lo largo del documento no es posible citarlo completamente, sino señalar algunos pasajes. El punto de inicio del análisis es la constatación que después de la primera guerra mundial, en el plano político-social, en Italia había «un estado caótico, de anarquía, de inseguridad, de indisciplina y de descomposición nacional», en el que prosperó «la reacción comunista»: los excesos de este último dieron forma al movimiento fascista, es decir, el fascismo surgió sobre todo como reacción a la avanzada del comunismo y

como una barrera frente al caos, como un penacho valorizando la victoria y los principios del derecho. Necesariamente adhirieron a él todas las fuerzas vivas de la nacionalidad: todo aquello que, dentro de una sociedad, representa el pasado, el orden, la fe, la propiedad, la obediencia, la disciplina.

El memorándum, después, se explayaba sobre la transformación del fascismo de “instinto” a formación política, es decir, de una fase espontánea a la construcción del aparato ideológico del partido (antecedentes de Roma imperial, raíces en el cristianismo, en el arte, en la filosofía, etc.), de la simbología, de la ritualidad.

Entretanto se hacía una reseña de los aportes encontrados en el pasado, no tan sólo italianos, y aquellos de los ideólogos o de los principales exponentes del fascismo (es decir, Giovanni Gentile, Avarna di Gualtieri, Camillo Pellizzi, Enrico Ferri, Luigi Federzoni, Alfredo Rocco y del mismo Mussolini). En el memorándum se destacaba que:

es toda una literatura; toda una biblioteca la que se ha escrito para establecer conceptos fundamentales fascistas. Desde el estilo mesurado, penetrante, con pensamiento y reflexión, que pretende crear escuela, hasta el vocablo ardiente de la propaganda, se han empleado y se emplean para convencer y emocionar el alma colectiva.

La conclusión de la larga reflexión sobre las bases filosóficas e ideológicas era que el «fascismo se asienta en una doctrina política; en una doctrina social, en una moral y en una filosofía; en una justicia». A pesar de lo anterior, mostrando no tener aún clara la profundidad del fascismo y, sobre todo, su impacto en la sociedad y en la vida política italiana y, más en general, europea, se afirmaba que:

a nuestro juicio (y hablando con el más alto respeto a todas las personas y la mayor tolerancia a todas las ideas) el fascismo no constituye una disciplina político-social con ideología propia. Es simplemente un “hecho”: un suceso o incidente de la vida de un pueblo. Es un estado de

⁹ Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile (en adelante citado como AMRE), Memoria del Primer Secretario de la Embajada, “El Fascismo”, 31 de diciembre de 1926.

ánimo. Una conciencia particular. Una voluntad. Un deseo. Una aspiración de bien. Una tendencia. Un rumbo: en una palabra [citando expresamente Mussolini]: “un método y no un fin”.

Por lo tanto, el fascismo, no era otra cosa que un sentimiento, una gran emoción colectiva, que no tenía mucha consistencia doctrinaria. En las páginas siguientes, el memorándum se detiene en la legislación fascista, en su acción social, en su organización del mundo del trabajo y, en particular y de forma bastante detallada, sobre la concepción del Estado y sobre el equilibrio entre los poderes bajo el fascismo. En este último caso, se percibe que, «es simplemente la dictadura aparentemente identificada con normas jurídicas»; y más adelante, que «todos los poderes del Estado quedan y están concentrados en la persona del Primer Ministro». Hay que subrayar que en el memorándum no hay ningún punto en el que se hable de la actividad represiva, pero se señala que «el fascismo reduce la libertad individual a su mínima expresión».

La última parte del memorándum está completamente dedicada a la figura de Mussolini y merece ser citada advirtiendo que, si bien y como ya se ha dicho, el Duce fascinó a muchos observadores extranjeros en aquellos años (gozando de gran consenso en el exterior) y, por ende, la opinión del diplomático chileno no es una excepción, no puede ser considerada de manera simplista como una aceptación convencida del fascismo y de su jefe indiscutido.

Mussolini es el organismo; es la sangre; el aliento propulsor; la voluntad; el carácter; el sentimiento; el pensamiento y la fe de todo el fascismo. [...] Su personalidad moral, está en sus obras: obras hechas con el alma; amasadas con las portentosas manifestaciones de su genio. Mussolini en la vida italiana, está en todas partes: todos los problemas los tiene presente. Es, ante todo, un trabajador; un esforzado. Un hombre de energía y de perseverancia incontrastables [...] Es un hombre de vida sencilla. Es, dentro del poder, un hombre pobre. [...] Su figura espiritual se asemeja a los viejos paladines medievales, que recorrían el mundo con una trompeta en la mano para atraer a las multitudes en torno de los nuevos dogmas.

Más adelante, el juicio se hace aún más encomiástico:

sobre un conglomerado portentoso de ideas de todo origen y de las más variadas condiciones, ajustadas por un método; acaparadas por una necesidad: la de gobernar; reunidas como en un manojo de flores de todos los jardines y de todos los cultivos, ha nacido esta flor exótica del fascismo, que lleva soberbiamente en la solapa un hombre de gran carácter. ¿Su perfume será eterno? [...] ¡Quién lo sabe! Por nuestra parte, rendimos homenajes al hombre.

Y sobre el significado de la democracia durante el fascismo, se señala:

la democracia que el fascismo niega es –a mi juicio– el alma del fascismo. Porque, si no, la alternativa es esta: o el sr. Mussolini está en el poder por la voluntad de sus conciudadanos o está en contra de su voluntad. Es decir, por la violencia. La respuesta pertenece al sr. Mussolini:

“El fascismo –ha dicho– es la suprema voluntad de todos los italianos; es la voluntad de todos los ciudadanos”. [...] Pues bien, ¿no es esto democracia: la selección; la elección de los mejores para gobernar? [...] El fascismo es democrático, a pesar de todas las negaciones.

Finalmente, como conclusión y después de haber señalado las causas de la crisis que en aquel entonces afligía a la humanidad, se subraya que para vencerla es necesario «que aparezca un hombre: un redentor [...] un prócer ante la visión de Patria; un dictador en el campo fecundo y ardiente de las pasiones políticas [...] En Italia, apareció Mussolini. Era el hombre que necesitaba Italia. Adelante»¹⁰.

He dicho que el memorándum de diciembre de 1926 es el primer análisis serio y profundo enviado a Santiago por la embajada chilena en Italia¹¹. No obstante, eso no significa que en los años anteriores no se hubiese hecho mención al fascismo y a su ascenso. Las primeras noticias aparecen con fecha 1922, insertas al interior del análisis sobre la situación política interna italiana. Describiendo las turbulencias del escenario político italiano se hace referencia al crecimiento del partido fascista y a sus principales métodos de lucha (sin omitir la violencia), señalando su «noble propósito» de restablecer el orden (no obstante, las «intemperancias excesivas e inaceptables»¹²).

Una vez en el poder, las informaciones sobre el fascismo obviamente aumentan. Si bien no dan cuenta de manera puntual y detallada de todas las vicisitudes políticas italianas, tampoco se omiten algunos momentos muy significativos como, por citar un ejemplo, el asesinato de Giacomo Matteotti (10 de junio de 1924), aunque en este caso la representación chilena es bastante indulgente con el régimen fascista, asumiendo la versión oficial de Mussolini¹³.

En todo caso, y no obstante la dificultad de Mussolini en deber luchar no sólo para hacer frente a los ataques de la oposición, sino también «para dominar los elementos intransigentes infiltrados en su mismo partido», el juicio en relación al régimen y, en particular al Duce era, sin duda, positivo, si es verdad lo que el 17 de diciembre de 1924 el embajador Villegas escribía:

¹⁰ Dos años después, Armando Labra Carvajal publicaba un libro titulado *El Fascismo*, Santiago de Chile: Imprenta Nacional, 1928, sobre su experiencia en Italia que ya había sido editado, en parte, en el periódico chileno *La Nación* y se basaba justamente en el memorándum de diciembre de 1926. En la introducción, el diplomático advertía que el libro era fruto de una recomendación hecha por Carlos Ibáñez del Campo, en junio de 1926, cuando éste último era Ministro de la Guerra y él estaba en Roma: “Me intereso vivamente por el estudio que ha iniciado sobre los problemas sociales que afectan a Italia y le quedaría muy agradecido si me enviara informaciones o antecedentes al respecto” (3).

¹¹ Sólo en 1924 los dos países decidieron elevar sus respectivas representaciones diplomáticas al rango de embajadas. Esta decisión se tomó con ocasión de la visita a Chile del heredero al trono de Italia, el príncipe Humberto de Saboya, en agosto de 1924. El primer embajador italiano en Santiago fue Alberto Martin Franklin (julio 1924-junio 1926), mientras que el chileno fue Enrique Villegas Echiburú. Cfr. Silvia Mezzano Lopetegui, *Chile e Italia. Un siglo de relaciones bilaterales 1861-1961*, Santiago de Chile: Ediciones Mar del Plata, 1994, 142.

¹² AMRE, Embajada chilena en Roma a Ministerio de Exteriores, Oficio confidencial n. 15, 12 de agosto de 1922.

¹³ Cfr. AMRE, Embajada chilena en Roma a Ministerio de Exteriores, Oficio confidencial n. 8, 30 de junio de 1924.

el observador imparcial puede afirmar que la gran mayoría del país apoya al Sr. Mussolini, la que ve que gracias a él se ha restablecido el orden en los servicios públicos, se ha impulsado la prosperidad económica y enriquecido considerablemente el país. En materia internacional el señor Mussolini ha logrado colocar a su país en una situación de primer orden y esto se lo reconocen aún sus más vivos y encarnizados adversarios¹⁴.

Estos conceptos fueron reiterados en enero de 1925, cuando el embajador señalaba que:

desde el advenimiento al poder del actual Jefe del Gobierno, éste trató por todos los medios posible a sus alcances, de devolver al país su tranquilidad interna y normalizar en todos los órdenes de las actividades de la Nación, la situación profundamente perturbada por las violencias y por el desorden provocados por la debilidad de los Gobiernos anteriores, ante las actividades comunistas. No hay duda de que el Sr. Mussolini obtuvo ampliamente el restablecimiento de la tranquilidad interna y ha impulsado en forma notable el progreso industrial y económico de Italia¹⁵.

Se puede conjeturar que este juicio fuese fruto de una cierta similitud que el diplomático percibía entre la situación italiana antes del ascenso del fascismo y la inestabilidad política que se vivía en Chile desde septiembre de 1924; inestabilidad que desembocó primero en una sublevación militar –que obligó a Arturo Alessandri Palma a apartarse¹⁶– luego, en enero de 1925, en la formación de una junta militar provisoria. Por otro lado, tampoco es arriesgado suponer una predilección de Enrique Villegas por los métodos autoritarios y, en particular, por los «hombres fuertes», los únicos capaces de superar la presunta debilidad de la “vieja política” y de los políticos de profesión¹⁷.

De lo contrario no se entendería su tendencia a justificar la conducta antidemocrática del gobierno fascista como sucede en una relación de noviembre de 1925:

el Gobierno del señor Mussolini, es a mi juicio, hoy día, más sólido que nunca, y el único posible en Italia, en el estado actual de la situación. Algunos observadores imparciales, lamentan que el gobierno fascista no haya vuelto progresivamente el orden estrictamente constitucional, adoptando nuevamente los viejos y antiguos métodos parlamentarios, y agregan, que el prestigio de Mussolini es tan grande, que le habría sido fácil realizar la unión nacional agrupando a su alrededor a todos los hombres y partidos que hubiesen querido cooperar con él al progreso del reino italiano. Es necesario sin embargo reconocer que el señor Mussolini, ha intentado en diversas ocasiones [...] una evolución de esta naturaleza, pero sus esfuerzos se han estrellado con la oposición de elementos intransigentes del fascismo cuyo apoyo necesita contar

¹⁴ AMRE, Embajada chilena en Roma a Ministerio de Exteriores, Oficio confidencial n. 15, 17 de diciembre de 1924.

¹⁵ AMRE, Embajada chilena en Roma a Ministerio de Exteriores, Oficio confidencial n. 1, 9 de enero de 1925.

¹⁶ Alessandri Palma fue antes a Argentina y después a Europa, quedándose algunos meses en Italia. En enero de 1925, cuando estaba en Venecia, Alessandri recibió una comunicación de parte del embajador chileno en Italia en la que la junta militar le pedía volver a Chile y asumir el cargo de Presidente de la República. Antes de salir de Italia, Alessandri se fue a Roma donde se entrevistó con el Rey, Mussolini y el Pontífice. Cfr. AMRE, Embajada chilena en Roma a Ministerio de Exteriores, Oficio confidencial n. 2, 21 de febrero de 1925.

¹⁷ De “buena impresión de Mussolini” hablan Juan Eduardo Vargas, Juan Ricardo Couyoumdjian e Carmen Gloria Duhart en la introducción de la colección de documentos *España a través de los informes diplomáticos chilenos, 1929-1939*, Santiago: Editorial Antártica, 1994; a propósito de la simpatía por las experiencias autoritarias europeas que tuvieron algunos diplomáticos italianos durante los años Treinta.

para seguir desarrollando la evolución que con tanta tenacidad como inteligencia persigue. Además, los mejores aliados de los extremistas del fascismo han sido los extremistas de la oposición, que han puesto toda clase de obstáculos a la política de normalización y que no han podido realizar con su táctica intransigente, la unión o la aproximación de todas las fuerzas nacionales. Es digno especialmente de notar el gran ascendiente del fascismo en las masas populares que poco a poco han ido desprendiéndose de las organizaciones antiguas de carácter socialista, para reorganizarse nuevamente formando sindicatos de carácter fascista que cuentan hoy con la adhesión de una considerable parte de los elementos obreros italianos¹⁸.

Leyendo los informes enviados por la sede diplomática chilena en Italia, al Ministerio de Relaciones Exteriores entre 1922 y 1925, se tiene la impresión de leer reflexiones esporádicas, aún no incluidas en una visión general –y especialmente en clave interpretativa– del fenómeno fascista, a diferencia de lo que se obtiene del memorándum recién mencionado de 1926. Después de aquellas fechas, la documentación diplomática se muestra más atenta a las dinámicas políticas, económicas y sociales italianas durante el fascismo y, en los años Treinta, muestra gran interés por la política internacional del fascismo; interés que crece obviamente en ocasión de la guerra ítalo-etíope, iniciada en octubre de 1935 y se incrementa paulatinamente con el acercarse de la segunda guerra mundial.

Si para el año 1927 se puede mencionar, como curiosidad, la intención del gobierno chileno de ofrecer una cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Chile a Benedetto Croce («y a participar en su organización y en las reformas de la enseñanza que se han iniciado»), que sin embargo no se concreta porque la embajada hace notar que Croce no es bien visto por el gobierno fascista¹⁹, para el año 1928 vale la pena dar a conocer una parte del informe del coloquio entre el embajador Enrique Villegas y el rey de Italia Vittorio Emanuele III, del 2 de febrero, porque no sólo salen a relucir de nuevo presuntas semejanzas entre la situación política italiana pre-fascista con la chilena de la mitad de los años Veinte, sino también porque según el diplomático chileno el soberano italiano expresó palabras de apreciación hacia el desempeño del general Carlos Ibáñez, en particular su ahínco en combatir el comunismo:

enseguida Su Majestad inició una interesantísima conversación sobre la situación de Chile, de la cual parece estar muy bien informado. Hablamos de la crisis del régimen parlamentario, del fraccionamiento de los partidos políticos, comparando nuestra situación hasta 1925 con la que tenía Italia antes del advenimiento del fascismo. Me preguntó con mucho interés por su Excelencia el Presidente de la República señor Ibáñez, celebrando, especialmente, el hecho que le di a conocer de que en su elección obtuvo los sufragios del 75% del total del electorado nacional. Me preguntó por la forma en que había constituido su Gabinete y sobre las ideas políticas de sus ministros. Se complació altamente de la forma en que el Excm. señor Ibáñez

¹⁸ AMRE, Embajada chilena en Roma a Ministerio de Exteriores, Oficio confidencial n. 8, 12 de noviembre de 1925.

¹⁹ AMRE, Ministerio de Exteriores, a Embajada chilena en Roma, *Telegrama* n. 33, 24 de junio de 1927 y Embajada chilena en Roma a Ministerio de Exteriores, *Telegrama* n. 58, 30 de junio de 1927.

había aniquilado el comunismo y me agregó que veía que Chile entraba nuevamente en un período de prosperidad, de orden y de gran confianza por su estabilidad interior lo que repercutía en un incremento de su prestigio internacional²⁰.

Si en el documento recién nombrado las analogías entre Italia y Chile trataban del pasado, en el documento de mayo de 1927, del embajador en el Vaticano Ramón Subercaseaux Vicuña, tenían como objeto, en forma específica, el gobierno de Ibáñez entonces en el poder²¹. Además, en el informe se invitaba a mirar a la Italia fascista como un ejemplo y modelo a seguir por los éxitos alcanzados. De hecho, después de haber comentado favorablemente la «nueva situación política y administrativa a la que ha entrado la República [de Chile] después de los sucesos de los tres años pasados» y fuertemente criticado el «estado de relajación a que había llegado el parlamentarismo, y la indisciplina cimentada en muchos de los ramos más importantes de la administración», el diplomático evidenciaba que los objetivos que quería conseguir en aquel período su gobierno:

son en esencia muy parecidos a los que encerraba el programa del gobierno fascista que hoy domina Italia; en esa virtud nos ha sido dado a conocer a los que vivimos aquí el buen fundamento que tienen y los resultados adquiridos después de haber sido puestos en práctica. El gobierno fuerte de Italia compartido por hombres eminentes de la política ha podido obrar en libertad; ha procedido con miras patriotas que los mismos enemigos reconocen, y ahora, apenas transcurridos cinco años, puede mirar los extraordinarios beneficios recogidos.

Analizando la documentación de los meses -y años- posteriores, según la delegación diplomática chilena, se tiene la impresión de que Italia con el fascismo y gracias al Duce, es un país próspero, sólido y apto para hacer frente a los desafíos más grandes, como el de la crisis de 1929. No es una casualidad que desde la caída de Wall Street y en los sucesivos primeros años, aunque sin omitir la dificultad en la que se encontraba la Italia fascista, el juicio fuese siempre sustancialmente análogo al citado en la memoria relativa al año 1928, es decir, que el régimen se había consolidado y había seguido «el programa para la mejora moral y material del país»²² y, como se encuentra escrito doce meses después, que «la autoridad de su jefe, el señor Mussolini, adquiere cada día mayor importancia y mayor trascendencia»²³. Esto no fue un impedimento para señalar las dificultades y los atrasos en el plano estrictamente económico, manifestando malestar por la tendencia del régimen a no entregar datos oficiales sino más bien a atrincherarse detrás de una buena dosis de retórica²⁴.

²⁰ AMRE, Embajada chilena en Roma a Ministerio de Exteriores, Oficio confidencial n. 3, 3 de febrero de 1928.

²¹ AMRE, Embajada chilena en la Santa Sede a Ministerio de Exteriores, Oficio confidencial n. 31, 15 de mayo de 1927.

²² AMRE, Embajada chilena en Roma a Ministerio de Exteriores, Memoria anual 1928, 1 de febrero de 1929.

²³ AMRE, Embajada chilena en Roma a Ministerio de Exteriores, Oficio confidencial n. 1, 10 de febrero de 1930.

²⁴ Cfr. AMRE, Embajada chilena en Roma a Ministerio de Exteriores, Oficio confidencial n. 6 bis, 27 de junio de 1930.

Después de la crisis de 1929, antes de la segunda guerra mundial

Superada la fase más alta de la depresión económica, la sede diplomática chilena en Italia se ocupó casi exclusivamente de dos materias: de la posibilidad de colocar en el mercado italiano el salitre²⁵ (que, al fin y al cabo, representó la principal preocupación de la sede en Italia por un largo período) o del otro producto de exportación que en unos años lo iba a sustituir, es decir el cobre; de la política internacional de la Italia fascista, también en razón del mayor protagonismo que el régimen trató de abarcar, sobre todo en la segunda mitad de los años Treinta.

Desde un punto de vista concretamente operativo, la embajada chilena se preocupó por una parte de cumplir, teniendo como base las instrucciones enviadas por el ministerio, todos los pasos necesarios ante el régimen fascista para que se concretaran las maniobras del propio gobierno para lograr el escaño de miembro no permanente del grupo de los países latinoamericanos del Consejo de la SdN, recibiendo en tal sentido el apoyo de Roma²⁶. Por otra parte, se preocupó de evitar el riesgo de que la conducta de Chile, en mérito a las sanciones tomadas hacia Italia por el organismo ginebrino, por motivo de la agresión de Etiopía, deteriorase las relaciones bilaterales.

De este modo, la documentación diplomática relativa al bienio 1935-1936 está casi por completo dedicada a la guerra de Etiopía (y en segundo lugar a los turbulentos acontecimientos europeos): Italia acogió con satisfacción la conducta chilena (que, aunque adhirió a las sanciones, se abstuvo en ocasión del voto), favorable en los hechos a Roma²⁷, conducta que reforzó las relaciones entre los dos países, como atestiguó también un intercambio de correspondencia entre Mussolini y el presidente Alessandri, a fines de junio de 1936²⁸. Además, resultan interesantes las reflexiones sobre el cuadro político italiano. En este sentido, hay que señalar que el juicio sobre el fascismo y Mussolini quedó inalterado. Así, si en marzo de 1935 se escribía que «debemos limitarnos a constatar la firmeza del régimen y el mantenimiento de la

²⁵ Véase, sólo para citar un ejemplo de la mitad de los años Treinta, AMRE, Embajada chilena en Roma a Ministerio de Exteriores, Oficio confidencial n. 23/1, 10 de enero de 1934.

²⁶ Cfr. AMRE, Embajada chilena en Roma a Ministerio de Exteriores, Oficio confidencial n. 503/32, 23 de octubre de 1934.

²⁷ Véanse, sólo para citar algunos ejemplos, AMRE, Embajada chilena en Roma a Ministerio de Exteriores, Oficios confidenciales n. 356/47 e n. 443/60, respectivamente, del día 4 de octubre y del día 15 de noviembre de 1935, y Oficio confidencial n. 337/21 del 1 de julio de 1936; Ministerio de Exteriores a Embajada chilena en Roma, Oficio confidencial n. 38, 20 de noviembre de 1935 (en el que se informaba al embajador chileno en Roma “nuestro pensamiento respecto de las sanciones y nuestro deseo de que no se decretaran; el Gobierno, sin embargo, se vio obligado a adherir a ellas por fidelidad a los principios de Ginebra, aun cuando lo hicimos con reservas fundamentales que, al parecer, han sido apreciadas debidamente por el Gobierno italiano, con el cual deseamos mantener las excelentes relaciones que siempre nos han unido”), y Oficio confidencial n. 16, 20 de julio de 1936.

²⁸ Véase AMRE, Ministerio de Exteriores a Embajada chilena en Roma, Oficio confidencial n. 18, 4 de agosto de 1936.

autoridad y popularidad del Jefe de Gobierno»²⁹, en un informe de tres meses después, en el que se relataban las repercusiones en Europa «del problema de Italia con Abisinia», se evidenciaba que «el régimen fascista se mantiene sólido en su vasta estructura y las críticas no llegan a concentrarse en núcleos o en personas capaces de afectar su estabilidad con la intención de reemplazarle por otro sistema»³⁰; mientras que en marzo de 1936, en plena fase de aplicación de las sanciones a Italia, el embajador Rivas Vicuña, durante el coloquio de despedida con Mussolini, tenía la necesidad de manifestar al Duce que «sentía profunda admiración por la forma como Italia y su pueblo habían enfrentado las sanciones y combatían en África Oriental, dando pruebas de un valor, de una disciplina y de una abnegación superiores a todo elogio»³¹.

Sin embargo, no faltaron las críticas abiertas al optimismo excesivo manifestado por el régimen fascista acerca de la situación económico-financiera³²; o a sus modales autoritarios, como se aprecia en un documento de junio de 1936, en el cual, informando al gobierno la designación de Galeazzo Ciano como ministro de Relaciones Exteriores, a propósito de la precedente actividad de éste como responsable del ministerio de Prensa y Propaganda, había quejas de la ausencia absoluta de libertad de expresión:

el conde Ciano logró imponer una severa fiscalización sobre la prensa del país que dio por resultado una ausencia total de libertad para expresar opiniones y un sometimiento completo, para la publicación de noticias de cualquier orden, al criterio de la oficina de censura del Ministerio. La prensa italiana no publica, en efecto, sino informaciones que puedan interpretarse como francamente favorables al régimen y no aparece ninguna información, por poca importancia que tenga, que no haya sido sometida al visto bueno oficial³³.

Observando bien, las manifestaciones de desaprobación no invalidaron la buena opinión que hasta el momento la delegación chilena, independientemente del embajador de turno, tenía hacia el régimen fascista y el Duce. Sin embargo, a partir de la escalada al poder del Frente Popular en 1938, se registra una inversión de tendencia: de hecho, las evaluaciones de la sede diplomática chilena acerca del fascismo y de Mussolini cambian porque reflejan la diferente orientación política de las fuerzas al poder en Chile. Los elogios, la fascinación, dejan lugar a análisis más puntuales y críticos. Así, si las relaciones entre los dos países no sufren cambios

²⁹ AMRE, Embajada chilena en Roma a Ministerio de Exteriores, Oficio confidencial n. 109/15, 21 de marzo de 1935.

³⁰ AMRE, Embajada chilena en Roma a Ministerio de Exteriores, Oficio confidencial n. 243/39, 14 de junio de 1935.

³¹ AMRE, Embajada chilena en Roma a Ministerio de Exteriores, Oficio confidencial n. 113/5, 6 de marzo de 1936. En el mes de julio del mismo año, en cambio, a propósito de la suspensión de las sanciones a Italia, la embajada subrayaba que “uno de los efectos psicológicos más palpables producidos por la autoridad del Fascismo en el pueblo italiano es la transformación de su carácter expansivo, propio de la raza latina peninsular. El régimen ha creado un espíritu disciplinado, que no se deja llevar por ímpetu bullicioso ni por entusiasmos desbordantes cuando la voz de orden es la de mantener una actitud de espera y de tranquilidad ante los acontecimientos” (AMRE, Embajada chilena en Roma a Ministerio de Exteriores, Oficio confidencial n. 385/23, 31 de julio de 1936).

³² AMRE, Embajada chilena en Roma a Ministerio de Exteriores, Oficio confidencial n. 259/16, 25 de mayo de 1936.

³³ AMRE, Embajada chilena en Roma a Ministerio de Exteriores, Oficio confidencial n. 299/19, 10 de junio de 1936.

sustanciales a pesar de la distancia político-ideológica de los dos gobiernos, también es verdad que los informes enviados por la embajada chilena a Italia tienden a tomar cada vez más en cuenta los tratos autoritarios del fascismo -que ahora se va definiendo sin medias palabras como “totalitario”-, la debilidad del desarrollo económico italiano, los límites de su política de poder. Todo eso alcanzará el vértice durante la guerra y, en especial modo, después de la decisión de Roma de tomar parte en ella, cuando, mostrando todavía un gran respeto hacia Mussolini, en los informes diplomáticos existe, en secreto, la convicción de que la Italia fascista no ha alcanzado los objetivos que se había propuesto a pesar de la instauración de una dictadura y que está al borde del abismo.

